



Convento de San Gines, en el campo de Salinas, provincia de Alicante.

## EL TEATRO ANTIGUO.

Son curiosas, y dan una idea de lo que fué en *ciertas épocas* el teatro y los *representantes* españoles, las siguientes reglas dictadas por el Consejo de Castilla, de acuerdo con los leólogos, para el orden de los espectáculos teatrales. Sin embargo, antes y después de dictarse estas reglas hubo gran libertad en nuestros teatros, especialmente en la representación de comedias, aunque *hiciesen tanto daño en las costumbres* como las de Lope de Vega. Hé aquí estas reglas, que pueden considerarse como una transacción del Consejo de Castilla con la opinión y la costumbre, pues aquel quería nada menos que los tales espectáculos se desterraran del reino.

I. Que las compañías fuesen seis ú ocho, y que se prohibiesen las llamadas de la legua, en que andaba gente perdida en los lugares cortos.

II. Que las comedias se redijesen á materias de buen ejemplo, formando de vidas y muertes ejemplares, de hazñas valerosas, de gobiernos políticos, y que *todo esto fuese sin mezcla de amores*; que para conseguirlo se prohibiesen casi todas las que hasta entonces se habian representado, especialmente *los libros de Lope de Vega, que tanto daño habian hecho en las costumbres.*

III. Que en ningún lugar del reino se representase comedia sin que llevase licencia del comisario del Consejo.

IV. Que se moderasen los trajes de los comediantes, reformándose los guarda-infantes de las mujeres, el *degollado* de la garganta y espalda y que en las cabezas no sacasen nuevos usos ó modas, sino la compostura del pelo que se usaba.

V. Que ningún hombre ni mujer pudiese sacar mas de un vestido en una comedia, si ya la misma representación no obligase á que se muden, como de labradores á otros semejantes; ni las mujeres se vistiesen de hombres; y que sacasen las basquiñas hasta los piés.

VI. Que no se cantasen farras, ni sátiras, ni seguidillas, ni otro ningún cantar ni baile antiguo ni moderno, ni nuevamente inventado, que tuviera indecencia, desgarro, ni acción poco modesta; sino que usasen de la música grave y de los bailes de modestia, danzas de cuerda y todo con la mesura que en teatro tan público se requería; y que

los cantares y bailes que tuviesen alguna representación, no se pudiesen decir ni hacer, sin que estuviesen pasados y registrados por el comisario del Consejo.

VII. Que ninguna mujer, aunque fuese muchacha, bailase sola en el teatro, sino en compañía de otras; y si el baile fuese de calidad, que se hubiesen de poner cerca hombres y mujeres, fuese con acción y modo muy recatado.

VIII. Que no pudiese bailar, ni cantar, ni representar mujer ninguna que no fuese casado, como se habia mandado.

IX. Que los vestuarios estuviesen sin gente, ni entrasen en ellos mas que los comediantes y sus ayudantes: y que la comedia se empezase á las dos en invierno, y á las tres en el verano, porque no se saliese tarde.

X. Que asistiese un alcalde á la comedia, en la forma que se acostumbraba, con asistencia tan precisa, que no faltase en ninguna, aunque se repiesen muchos días; y que las justicias contuviesen los desórdenes de los representantes, visitando sus casas, rondando sus calles, y procurando desterrar de ellas la gente ociosa que las frecuenta, *no con poco escándalo de la corte.*

Por un sugeto que escribía ó avisaba á otro de lo que pasaba en esta corte, no solo consta el tiempo fijo en que se intimaron estas leyes, sino que añade algunas nuevas circunstancias. Dice así:

«En lo que mas ahora se habla en Madrid es en las leyes que se han puesto á comedias y á comediantes. Hanse hecho á instancia de don Antonio Contreras, del Consejo real de Castilla y Cámara. En primer lugar, que no se puedan representar de aqui en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias ó vidas de santos: que farsantes ni farsantas no puedan salir al tablado con vestidos de oro ni de telas: que no pueda representar soltera, viuda ni doncella, sino que sean todas casadas: que no se puedan representar comedias nuevas, nunca vistas sino de ocho en ocho días: que los señores no puedan visitar comediantes ninguna arriba de dos veces: que no se hagan *particulares* en casa de nadie, sino es con licencia firmada del señor presidente de Castilla, y de los consejeros, etc. *Aviso primera de marzo de 1644.*»

## GUACANAJARI.

Yo soy Guacanajari (1), descendiente de los reyes hijos del sol y de la diosa que vive debajo de las ondas del mar en cuevas de aljofares y perlas: ella amó á Vagoniona, (2) y le dió las sagradas Cibas y los Guatinos que rodean mi cuello: él enjendró mi linaje, que es el más fuerte y el más puro de la tierra: á su sombra nacieron todos los hombres en Cazibaxagua (3) y en Amayauna: puso á Machokael (4) de guarda en la gran boca del monte Caula, y allí colocó el linaje de los nacidos.—Machokael quiso saber de dónde venía la luz; y durante la noche levantó sus ojos al cielo, y se apartó de su asiento: por la mañana vino el sol alumbrando el universo, y quedó convertido en piedra: entonces los hombres salieron de las cuevas de Cazibaxagua y Amayauna y se esparcieron por Habiti y desde aquel día mi generacion fué la primera, y yo soy el rey de los reyes y el señor de todo lo que baña la mar.

Mis ojos los cerró la mano del ángel de la vida, que apagó mi aliento; yo dormí en el sepulcro; sobre mi cabeza descendió un espíritu blanco como la estrella de la mañana, rodeado de azul y de oro; besó mi frente, que se había convertido en hielo, y sentí abrazado de fuego el corazón: cuando abrí los ojos, ya habían desaparecido el espíritu, los montes de Cauaná, (5) la vara de la justicia, mi corona y los Guatinos de mi padre Vagoniona; y oí una voz del cielo que decía:—«Es necesario dormir para despertar en la piedra funeraria, y el suelo de Dios no ha dado vida á mis huesos hasta hoy que penetra debajo la montaña, que me defiende de la inclemencia de las edades; y yo me levanto á llorar sobre mis pueblos.

Habiti... Habiti... escucha mi voz de lágrimas; yo soy Guacanajari, el rey de los reyes, que alcó la justicia hasta el trono de las estrellas: le infundí el amor y la verdad, y rompí la vara de la ingratitud y del engaño, para que no la soldara nunca la perversidad de los nacidos: yo soy tu padre, el que te enseñó á cultivar la tierra, á curar tus enfermedades y te defendió de los furones de la maldad y de los estragos y ruinas de los enemigos...

¡Qué solo estoy, Dios mío!... A mi voz de luto y de tormentos nadie responde... me rodea la sombra de Vagoniona, y toda mi generacion de reyes. ¡Qué negro es el recuerdo de los últimos tiempos de mi vida! Ellos vienen al través de los siglos atropellándose como una tormenta, á rebalar en mi angustiada corazón... mejor es la quietud de la muerte, que este horroroso martirio, en que el entendimiento aturdido tiene que esperar con dolor, la parda insondable de los

recuerdos amargos. Padre mio, acuéstame mi frente sobre el sepulcro, que allí no me despedaza la memoria de los sucesos pasados... ¡Nadie me responda... y el destino quiere que yo cante por última vez los años de mi triste vida.

Oíd fértiles colinas del Yaguí (1) cubiertas de flores, fresquísimo ríos, árboles antiguos como el mundo, vosotros todos los que tenéis una alma dulce, y el sentimiento del amor, escuchad el eco de mi lira.—Yo la he cubierto de hojas de ébano negro, y he mojado sus cuerdas con las lágrimas de mi corazón, porque quiero que su sonido sea como el gemido del que llora, como el eco del poseedor que muere de tristeza á la sombra de la luna, como el arrollo tímido y melancólico de la tortuñal de los ojos de fuego.

¡Pasaron muchas generaciones... el ángel bueno de la paz había sembrado sus semillas sobre la tierra de mis padres; sus sepulcros estaban coronados de flores; el enemigo no venía á lanzar sus flechas contra mi trono; yo dormía tranquilo en medio de las montañas; la luna velaba mis sueños, y el silencio de la noche envolvía mi cabeza, consolando mis recuerdos.—Desde que nací, no había derramado una lágrima: mis piés pisaban sobre el oro cernido finisimamente para aliviar mi camino. Anaima era la madre de mis hijos, que yo amaba, como los árboles el rocío de la mañana. Tenía dos príncipes de la sangre de Vagoniona que iban á heredar las cibas de mi cuello y mi corona. Pero el géneo del mal cortó el hilo de mis días felices, rompió las alas al ángel de mi destino, y sentí el presentimiento de la desgracia que no me debía respirar; sonó la hora de la amargura, y mi boca probó la hiel...

El sueño desapareció de mis ojos: cuando vi á mi lado se convirtió en dolor... por tres días no salió el sol; la tierra estaba oscura; el cielo pálido como la hoja del árbol que va á caer; en el horizonte apareció una corona encendida, como la cabeza del monte Caula, cuando vomita fuego, y el mar torció no restaba sus verdosas ondas sobre la arena. Aljido, levanté la frente, pedí al Señor del mundo que tendiera su piadosa mano sobre mi tierra de Habiti.—Llamé al ruego las vírgenes, los sacerdotes, los sabios y á los que hacían justicia. Todos me rodearon temblando; los ancianos se cubrían los ojos; las vírgenes se postraron de rodillas, y el fuego de los altares apagado sobrenaturalmente nubloció el frente de la robusta y fiera mano del sacrificador... ¡La maldición había caído sobre la raza de Vagoniona!...

La tribu de mis guerreros, numerosa y fuerte como el bosque de palmas y mirabolanos, (2) rodeó mi asiento, el ruido de su furor atronó la tierra.—El silencio de la desesperacion sucedió al impetu terrible de la rabia; los adivinos estaban trémulos; todos fijaban en mí los ojos; levanté el brazo, y arrancando de mi cuello las sagradas Cibas, las arrojé sobre el altar del fuego sagrado: el Trueno (3) permateció silencioso; pero el altar resonó con doloroso gemido; los guerreros volvieron al suelo las puntas de sus armas: Los batios (4) no despertaron de su delirio santo; las vírgenes destrenzaron sus cabellos y mi pueblo lloró torrentes de lágrimas. La maldición había caído sobre Habiti, y el tiempo de la desgracia iba á comenzar para siempre. Mas tarde vino la oscuridad; no había estrellas en el espacio: la luna estaba rodeada de sangre, no refrescaba el aire; el calor sofocaba cuanto existía: las plantas abusadas morían para siempre... mi pueblo se retiró aturdido á buscar mi pesadumbre... y empuñó mi flecha para romper para siempre las alas de mi corazón... pero el ángel bueno detuvo mi brazo y me llevó á las orillas del mar á esperar la salida del sol.—Tenía fijos los ojos en el oriente; la mar comenzó á estrellar sus olas en los arrecifes de la playa, su espuma saltó en mi cabeza, y de mis ojos cayeron lágrimas de fuego.—El cielo se ennegrecía cada momento más; de pronto las nubes aherraron en el horizonte encubierta cada momento más; por ella salió el Señor del día, cubierto de rayos; de rodillas lo bendije: en mucho tiempo no separé los ojos del torrente de fuego con que vivillamaba la tierra; luego los tendí en el horizonte, y vi tres (5) animales terribles y prepotentes que sobre las aguas levantaban sus tremendas cabezas tendiendo sus brazos á mi encuentro.—El terror

(1) Guacanajari. Era rey en la isla de Habiti, de carácter dulce y hospitalario: vivió cuatro leguas de la mar en la interior. El 21 de diciembre de 1492 envió su primera embajada á Colón, pidiéndole que fuera á visitarlo: el almirante le mandó sus capitanes y luego fué á verlo ajustando con él un tratado de comercio.

(2) Vagoniona, según la tradición habitiense era el padre de los hombres á las cuales tenía encerrados en dos cuevas, sin que vieran el sol: un día mandó al poseedor Habiti, en un velco á las orillas del mar, para que fuera de ver, se detuvo en ellas, y lo sorprendió la mañana convirtiéndolo en piedra. Vagoniona partió de la desaparición de su amigo, á quien iba llorar convertido en un árbol por la noche; así de las cuevas las mujeres y las niñas de esta, dejando en ellas á las varones, á las madres é hijas las puso en la isla Matiano, que luego se llamó Matamo y los niños los llevó consigo: imprimió del hombre y le sed el lugar á una ribera, comenzaron á decir *Tos, Tos*, que es como *maná, maná*, y se convirtieron en raras. Vagoniona, protegido del cielo, que el último hombre que vagaba á la luz del sol buscaba á un amigo Habiti: vivió en el profundo del mar una mujer muy hermosa, se arrojó por verla hasta al fondo, ella lo recibió en sus brazos, con él de los placeres del amor y le dió una cuenta de marfil negra á las que los había llamado Cibas, le regaló también unas tabillas de ébano llamadas Guatinos. Estas joyas fueron luego la señal de distinción de los reyes, y les usaron siempre como una sagrada, por haber pertenecido á Vagoniona padre de su linaje y su rey. Las tabillas se escondieron en las cuevas como se tenían al día señor de las mujeres, así sus hijos, se entristecieron y buscando un consuelo, se arrojaban por las noches en las llamas. En una ocasión al entrar en ellas, vieron de lejos ciertos animales, que en la figura parecían mujeres, y que como escuadrones de hombres cubían y bajaban por las abidas Mirabolanos: salieron algunos; pero trataban como culebras de agua y se les escapaban; hicieron entonces entre ellos los que tenían las manos leprosas, áperos y llamas de callos y que por este modo las escuadras, cubrieron cuatro, quisieron usarlos como mujeres; pero los hallaron sin ser. Llamado á consulta los hijos, les aconsejaron que quitasen al ave llamada Poca, que es el carpintero real, pájaro precioso encerrado en un velco y negro, el cual en su agudo pico señalá á los animales en forma de mujer. La pájaro que los señalaba, teniendo los Caracoles por sus manos espesas, sostenió los animales por las piernas, mientras duró la operación: los animales quedaron luego convertidos en sandalias de abaca y con ellas extendieron la raza de hombres y mujeres que luego pobló á Habiti.

(3) Trueno. Era la voz capar de las cumbres. Amayauna la menor, en ellas tenía Vagoniona encerrados los hombres, las mujeres y los niños.

(4) Batios. Era el que guardaba las cuevas y las mujeres, el cual ni de noche ni de día se quitaba de su entrada.

(5) Cauaná. Así se llamaba la provincia donde se escondían las dos cuevas de las que creía los indios habia salido el género humano.

(1) Yaguí, río que descubrieron los españoles á 10 leguas de la primera ciudad que fundaron y Juan de Asencio descubrió multitud de arroyos; á 10 leguas de Caba: cerca de este río, y al pie de la montaña encubierta los españoles una hermosa laguna de 20 leguas de extensión serpenteada de arroyos y poblada de habitaciones.

(2) Mirabolanos. Llamábase los indios á unos árboles en que se habían transformado los hombres que salieron de las cuevas á mirar el sol.

(3) Trueno. especie de divinidad de forma monstruosa que tenía cada día que pedinera de su dios y con quien consultaban sus negocios y los accidentes naturales.

(4) Batios: los sacerdotes que practicaban adivinaciones y agüeros y también otros breves que les producía un terrible delirio, en el cual tenían sus visiones.

(5) Los indios creyeron al ver las Caracoles sobre el mar, que fueron animales.

embargó mis sentidos: me retiré de la orilla á las entrañas del monte Cibao (1) y allí, como paloma aturdida, del rayo, así me sentido.

Por la mañana me rodeaban mis guerreros: los sacerdotes predicaban el último día de Hahiti: los adivinos murmuraban la oración de los muertos; las madres ocultaban entre sus manos las cabezas de sus niños muertos, estrechándolos contra el corazón: los ancianos de rodillas inclinaban sus arrugadas frentes.—Yo levanté mi brazo, que estaba entumecido por la desgracia para llamar mi pueblo; y estirando con furor la cuerda de mi arco de guerra, lancé mi flecha que cruzó las nubes y el Aura (2) que tocaba las estrellas, cayó á mis pies, como herida de la ciente... «Hahiti, le dije, mi Dios me anuncia que viene el enemigo de la mar que aguardaron nuestros padres;» y mi voz resonó por las montañas, como el eco del trueno.

El aire se llenó con mi grito que tocó en el cielo... me rodeaban mis soldados que Mi sobos nos tenía la salva; (3) Caonabo, feroz como la tempestad, me mandaba: no había espacio en la llanura del Yaqui para un ejército tan grande de caciques, ¿quién hubiera sido bastante fuerte para atravesar á lidiar con la bravura de Boebchio, (4) que era duro como el Hacaña; (5) con el valor de Mamicate, (6) astuto como la serpiente, y con aquella raza de capitanes que iban con sus flechas á buscar las águilas cerca de las estrellas?—Yo los vía moverse como ascuas de fuego, y su grito de guerra era á mis oídos, como el mugido del mar y el rumor espantoso del trueno que anuncia la tormenta. «Paz á mis hijos», les dije, levantándome sobre lo alto del monte Caia (7).—Paz á mi pueblo, paz á mis hermanos... Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; él derrama la lluvia para hacer brotar el fruto; entretiene la luna para refrescar la brisa: da movimiento á las aguas del mar y por él sucede todo: su dedo señala la tristeza y la alegría, la ruina y la felicidad, la vida y la muerte; él siembra en el corazón de los reyes el odio y la amistad, la paz ó la guerra. Hasta que él no señala el día con su dedo de fuego, hijos de Hahiti, no ha llegado la hora tremenda de los combates: el Dios de Vagonona ilumina vuestro corazón, como envuelve mi espíritu inquieto y bañado de lágrimas en dulzura y mansedumbre.—Caonabo, apacigua el furor de los guerreros, y espárcelos por la llanura; Boebchio y Mamicate, dulcificad la ira: caciques y sacerdotes, la paz sea con vosotros; vírgenes de Hahiti, mi alma no está inoculada con el amargo veneno del odio y la venganza: séid vuestras lágrimas, que en el fondo de mi espíritu brota la paz y la esperanza como la flor de la primavera que derrama por el cielo sus perfumias.»

En aquel momento el eco del caracol retumbó en los montes, mi corazón se estremeció... los guerreros coronaron la sierra y la llanura que estaba ya tranquila, como cuando se apacigua la mar azul después de una grande tormenta, se lleno de ruido. «Rey de los reyes, gritó el cacique de Maguana; el extranjero pena la atrevida planta en las playas de Hahiti; su frente es blanca como el fruto de la saibú; lo acompañan tres caciques de Stamoto (8) y de Cuba.»—«El extranjero que viene con mis hermanos, los dije, busca la paz de mi corazón, y el alma de Guacanjari lo reciba con la dulzura de la miel.»

Y el extranjero llegó hasta mi tronco: venía sereno, rodeado de sus soldados como en medio del espacio la luna; su aspecto estremeció mi espíritu.—«Saluda los hijos del cielo», me gritaron los caciques de Guankéan (9). Yo tendí los ojos en el horizonte, y después los fijé en su frente; su color era como el de la flor del Espino (10); los ojos centelleantes; traía la cabeza coronada de agudísimas puntas, las mejillas

cubiertas de largos cabellos: envolvía sus hombros y membrados brazos en un metal mas brillante que el oro de Cibao.—«La paz del buen ángel te acompaña, extranjero; les dije, y por su amor te ofrezco la hospitalidad de mi pueblo y del palacio de Vagonona.»

Los hijos del cielo besaron mi frente, los estreché en mis brazos; les abrí de par en par las puertas de mi corazón; les entregué mis vírgenes, el reclamo de mis tesoros y les cedí la hampaca (1) nupcial donde Vagonona enjendó mi linaje. El extranjero cerró los ojos al sueño; después de apagar la sed con el agua fresquísima del coco y el hambre con el maíz y el Cazabe (2). Las vírgenes hermosas como las estrellas del cielo, purísimas como las gotas del rocío de la mañana sentadas en tierra, dejaron reposar silenciosas sobre su corazón las cabezas fatigadas de los hijos del cielo... El dioscano se apoderó de sus espíritus, veló su sueño como guarda el ángel de la muerte la ostentación de los reyes en la puerta arenosa del sepulcro de Vagonona.

«Guacanjari, me dijeron al salir el sol, Colon, almirante del rey de Castilla y de Leon, es nuestro capitán; él te saluda y te envía paz porque eres bueno: tu hospitalidad es dulce como la miel; y tu corazón es de ángel.»—«Estranjero, respondí, nunca he llorado mis ojos de tristeza, ni mi alma ha sentido la amargura del remordimiento; mis pueblos viven felices: adoran el sol que les dió la vida y á Vagonona que enjendó mi linaje. Mi hospitalidad es siempre compasiva y jamás llegó á mi puerta el que llora, sin que mi mano enjugara sus lágrimas.»—«No me tesoros descolgué la cabeza (3) del Dios de la Hipoeresia, con las orejas, su nariz y la lengua de oro macizo, el cinto de huesos sagrados de los peces del mar, embregido de hojas de madre perlas, y le mandó igual presente al jefe de los hijos del cielo.»

Al día siguiente rodeado de los caciques del valle, llegué donde estaba con sus grandes barcos: descendí de mi palanquín y pisé la arena para llegar á sus tiendas vestidas de colores: de pronto la tempestad levantó las turbulentas ondas de la mar; sopló el viento del norte con el furor de la destrucción; y sus palácios de madera, que no eran lijeros como mis cimas, rechinaban espantosamente sobre las espaldas del Océano; el extranjero palideció de miedo; yo corrí á la playa; ante mis ojos se hundió en medio de montañas de espuma, uno de aquellos palacios (4) que le servían de vivienda... La habia ofendido mi corazón de amigo y su pena traspasó de dolor mis entrañas. Hice venir á mi pueblo á darle ayuda; saqué del fondo de las aguas sus tesoros; consolé su pena; y cuantas arenas de oro tenía en Hahiti, cuantas plumas preciosas las aves de las selvas, todas se las di para apaciguar su amargura y consolar su tristeza...

Colon enfermado de mi amistad, viendo correr mis lágrimas, estrechó mis manos sobre su corazón. Anudé en cuello con mis brazos; y mis guerreros se arrodillaron á besar las huellas de su planta.—«Yo habitaré á tu lado, rey Guacanjari, me dijo: acó tu hermana y te defenderé de tus enemigos, porque yo tengo en mí poder el trueno y el rayo; á mi furor se estrema la tierra y caen destruidos á mis mandatos los árboles corpulentos.» Escuchó, rey Guacanjari, «dijo; y de su lado reventó un volcan (5) de fuego terrible, su estampido resonó por el cielo y la tierra, y la palma que estaba en las nubes, se derrumbó á mis pies tronchada del rayo.—Me estremecí de espanto. Mis guerreros cayeron de rodillas y mi pueblo buyó á ceñirse entre las montañas y las profundidades de las cuevas.—«Hijo del cielo, le dije, calma tu poder omnipotente y detén el furor del monstruo que vomita la centella;» y despidas de una manera tan terrible mas fuerte de la tierra; yo te he dado mis tesoros y mis vírgenes.—Hijo del cielo, señor del trueno, dame tú la amistad de tu corazón.»

«Si; contestó el extranjero: yo te lo doy ante mi Dios: ella no te desamparará nunca.» Mi alma se estremeció de alegría. Lancé mi flecha al aire llamando á mi pueblo; y de las montañas, y de los bosques y de las sabanas salieron los caciques, y los guerreros y los sacerdotes.—«El extranjero es hijo del cielo azul de nuestro Dios, les grité;» y todos inclinaron la cabeza doblando ante él las rodillas. Yo tenía la frente serena y sonreía; pero mi espíritu estaba melancólico: cruzaban delante de mí los recuerdos del pasado, desmenuados del velo sepulcral del olvido, y las sombras de los reyes de Hahiti me ahogaban con sus gemidos; Vagonona y la madre de mi linaje se presentaban á mi vista

(1) Cibao. Era un país pedregoso, compuesto de montañas escarpadas que estaba á 18 leguas de la ciudad de la Habana; en él no se encontraba más nombre que en la parte de las montañas que estaba cubierta de pines corpulentos y de ciruelos. Allí vieron los españoles las primeras cimas de oro y dos cimas de azúcar y de laque azul.

(2) Pijaro de pecho de color negro y de la especie del aguilón; se mantiene de carnes de animales ó cadáveres, vive en las cimas de las montañas y vuela cerca de las cuevas.

(3) Caonabo. Era un cacique dueño de las minas de Cibao donde tenía sus aldeas; él está destruyó la fortaleza que dejó Colon en la isla y mató los españoles: esta americana Bari había tomado la resolución de exterminarlos á todos.

(4) Escucha. El mas poderoso de los caciques y el que vivía mas distante de la Habana.

(5) Amocana. Hermana de Boebchio, mujer de Caonabo.

(6) Mamicate, hermano de Caonabo.

(7) Caia. Era la peña en donde estaban las cuevas de Ameyanzo y Caibajagua.

(8) Stamoto. La cuarta isla descubierta, á quien puso Colon el nombre de habido el 27 de octubre de 1492; después descubrió á Cuba que así la llamaban los indios de Guatimala que lo acompañaban.

(9) Guankéan. Provincia donde los indios dijeron á Colon se encontraba el oro.

(10) Especie de casta cuya hoja tiene cerca de una vara de largo y dos de ancho; entre sí se levanta tres veces de alto; en el remate de por los una ramilla de tres ó cuatro de largo de la base de las rametas, las cuales en tiempo de marchar se pujan; se llega á un fruto de color de oro y de la forma del nispero del Indio.

(1) Hampaca. Las ramas de lino de coco y algodón que se quitan en los árboles.

(2) Yuca. Raíz de la especie de la batata, mas dura, mas azúcar y que crece de 6 pulgadas y de buen sabor.

(3) Esta máscara y cinto de huesos de pescado y conchas de mar fué el primer donativo que Guacanjari hizo á Colon.

(4) El monstruo de la Santa María, nave que montaba Colon en el lugar de Santa Marta, por haberse dormido el timonel, quedó volado el castillo de la corcha de una pieza malperca; quedó el resto de las corrientes, algunas de ellas de un bulto de arena.

(5) La primera vez que oyeron los americanos el ruido del cañón.

como el montón de arena que desahoga el furor de las tempestades... dominado por estas imágenes crueles pisó el umbral de Harion (1). ¡Qué triste y qué devorado de pesadumbre estaba mi corazón!...

Cuando entré en mi palacio, vino Ainaima pálida como la muerte a besar mi cabeza; el ardor de la fiebre me consumía; derramó sobre mi frente sus lágrimas puras como el rocío de la mañana. ¡Pobre Ainaima!... ¡Aun estremeció mi alma los recuerdos! ¡Por qué tú fuiste para mí la estrella en medio de la tormenta! ¡Pero mi espíritu estaba dominado por el ángel malo!... Recordé el momento en que nacieron mis hijos; maldije la hora primera de su existencia y la alegría que tuve al bendecir sus cabezas. — Ainaima se sentó a mi lado, como el pájaro que estremecido de miedo se salva de la garra del águila buscando un amparo en las cavidades de las rocas: sus ojos, melancólicos como la luna, estaban fijos en los míos, que tendían la mirada en el cielo de la noche sin brotar una lágrima. Mi semblante estaba arrugado por la pesadumbre: había perdido la esperanza para siempre... sentía en el corazón el frío de la muerte... recordé la cabeza sobre los hombros de la pobre y melancólica Ainaima... ¡Pobre alma del alma mía!... así me encontró la mañana.

Caunabo vino a la primera luz, sus ojos brotaban sangre; su mirada era feroz: llegó hasta mí, silencioso y sombrío como la tempestad; empuñaba el arco de guerra. «Guacanjari», me dijo: el ángel malo ha tendido sus alas sobre Habiti; Canique, levanta el cuerpo y la alma, para luchar con el enemigo extranjero, que por la mar viene a sembrar de cadáveres la tierra de nuestros padres. El dios de las batallas enfurece mi corazón: guerra, Guacanjari, empuña la aguda punta para herir de muerte, y que las orillas del mar se tiñan de sangre. «Caunabo, respondí sin aliento: el extranjero es hijo del cielo; domina el terreno y el rayo, y es nuestro amigo. Tu rey te ofreció hospitalidad y las asonadas de nuestros padres se estremecerán en el sepulcro si la traición se apoderara de mis entrañas. Caunabo, aquíeta tu furor, vuelve a Cazibaxagua, y apacigua los guerreros. Vuelve a Amajania y apacigua a los guerreros. Caunabo inclinó la frente; y cubierto el semblante de odio y de dolor, se alejó de mi vista silencioso.

Al otro día el extranjero descendió de sus barcos: sus guerreros oscurecaban como la luz sobre la planicie de las aguas, como bulle el rayo de la luna formando escamas de oro en las noches apacibles en medio de la laguna. El extranjero clavó sobre la tierra su bandera: levantó un altar a su dios; sus guerreros lloraban de alegría; el altar se envió en nubes de suavísimo olor, y el ruido del trueno saludó el sacrificio. Yo oí una armonía celestial, más dulce que el gemido del marañón y que el canto de las vírgenes de Habiti; todos se pusieron de rodillas, y mi pueblo también bendijo al dios de los guerreros. ¡Qué maldita fue la luz de aquel día!... Junto al altar estaba una mujer más hermosa que el sol y que la luna; sus ojos dulces, como fuego eran diferentes, y como la mirada de la paloma; su frente serena como el cielo de la tarde; su boca encarnada como la flor del mimbré; los dientes como la espuma del mar; sus cabellos negros, como el ébano, caían en sus trenzas hasta besar su cuello; era esbelta como la palma de la sabana (12), y sus manos hermosas como las flores del espino. Mi corazón se estremeció... y bendije a su dios...

La mujer levantó los ojos; su mirada era cruel: sobre el cuello llevaba perlas, negras como la noche y como los guajinos de Yagona. La miré con la ternura de mis entrañas... cruzó delante de mí, como las nubes de color de rosa por encima de los montes; mis ojos la siguieron hasta la orilla del mar; el extranjero, sebadó el ruego, volvió a sus grandísimos barcos; yo me encarré, envenenado ya por la desgracia, a llevar mi dolor en el rincón más oscuro de mi palacio de Harion.

Estaba ya para siempre triste mi alma: había maldecido el primer día de mi vida y el momento en que nacieron mis hijos; el aire me pesaba en el corazón... pero desde entonces aborrecí la luz que miraban mis ojos intranquilos... en todas partes me hallé solo; la noche perdió su calma para mí; el sol no tenía color, ni los campos flores: de mi espíritu se apoderó la melancólica lúgubre del sepulcro; el gemido del ave, el ruido monótono del torrente, el filo de la cueva de Cazibaxagua, era lo único que apetecía. Y yo necesitaba morir, la muerte sola podía aliviar el dolor y desesperación de mis entrañas, porque las alas de mi corazón habían caído desechas para siempre...

Así corría mi existencia... El extranjero pisaba la tierra de mis padres, penetraba en las cuevas sagradas, y en el recinto eterno del monte Caota, donde nacieron los hombres. Mis pueblos le daban sus hijos y sus mujeres y el oro de los ríos y de ébano. Ainaima, triste como arpullo de la tortola, se consumía de dolor, viendo el dolor de mis entrañas; dolor que la pobre desconocía, porque era buena y dulce como la miel de las abejas de Guacani; Caunabo y los guerreros de la sierra, llenos de odio, no descendían a la llanura aguardando la hora sangrienta de los combates; y los sacerdotes y las vírgenes se escondían llorosas en las cavernas solitarias de Cazibaxagua. El silencio y la tristeza del sepulcro reinaba en Habiti.

¡Amargos recuerdos de la vida!... ¡aun después de los siglos me despedazaba el alma y me oprimía como una mano de hierro!... la imagen de la extranjera se había apoderado de mi espíritu de un modo cruel; en todas partes la veía, envuelta en los rayos del sol, en los nublados, en la pálida sombra de la tarde, en la oscuridad de la noche, en el silencio de las cuevas, en el ruido del mar, en el furor de las tempestades; ¡en todas partes sus ojos me abrasaban clavándose en mis entrañas como una flecha envenenada! ¡qué grande fue mi delirio... la vista de Ainaima me estremecía... me helaba de espanto la sonrisa virginal de sus inocentes hijos; porque yo adoraba la extranjera con el amor del delito; con el furor del crimen; con el entusiasmo omnipotente del genio, y en el seno mismo de la muerte la hubiere buscado convertido en lágrimas; la amaba más que a mi vida, más que al sepulcro de mis padres... que a mis hijos, que a la patria tan desventurada... con el frenesí de la locura, con la pureza de la virtud y de la inocencia, y sin embargo, mi amor era ingratitude, y horrible delito que estremecía y espantaba mi corazón...

La extranjera huía, de mis ojos, y la esfiga la palidez de mi frente y el dolor de mis miradas; su espíritu era de águila y su corazón duro como la piedra que se ennegrece a las orillas del mar. Pero una noche la luna riela en los mares y tendía la luz sobre su frente, más hermosa que la estrella puntitante de la mañana: la extranjera fijó sus ojos sobre mis ojos arrasados en lágrimas; me miró como la fiera, sonriendo con la tristeza amarga y desconsoladora de la desgracia; en sus cabellos negros como el ébano, tenía una flor blanca como la inocencia; de allí la desprendió su hermosísima mano; sobre ella derramó su aliento, lo tocó con sus labios, y luego la dejó caer sobre la tierra. ¡Pobre flor de mi corazón!... la levanté de la arena devorado por la fiebre... la regué de lágrimas, la cubrí de mis amantes besos, y la guardé en el pecho y al calor de mis entrañas... Ella me acompañó en la soledad del sepulcro: ¡pobrecita flor!... ¡qué desgraciados fuimos los dos en los días de la vida!...

¡Qué impenetrables son los arranques del señor Dios del mundo y de la eternidad!... ¡qué impenetrables!... su frente también había palidificado; su semblante estaba mustio como las flores marchitadas por el sol. La extranjera también era muy infeliz; en la oscuridad de la noche derramaba lágrimas que abrasaban la frescura de sus mejillas, y apagaban el brillo celestial de sus miradas... ¡ay! ¡qué recuerdos tan llenos de luto y de amargura... La orilla del mar estaba solitaria: el sol iba a esconderse en el horizonte; sentado sobre una roca pensativo, fijó los ojos en la onda azul, que llegaba a pedregarse en la arena, como en el mundo los años de la vida, pensaba en la muerte... en la muerte, consuelo de los afligidos y dulcísimo a mi dolor. Oí el eco de una armonía celestial... ¡qué que era la voz de mi madre que me llamaba del sepulcro; era el canto de la extranjera que lo envolvía la brisa en el perfume de las flores!... «¿Por qué te vi Guacanjari decía anegada en lágrimas... yo soy madre, ¡quieres que manche el tálamo del padre de mis hijos?... mi corazón te ama... el aire que tú respiras necesita respirarlo mi espíritu para vivir... me nutro de suspiros... ¡tú eres el suspiro mío, Guacanjari!... nacimos para derramar lágrimas y morir de angustia... te amo como al ángel de la luz... pero el arco iris nos separa, y a nuestros pies abre la mar sus abismos... te amo Guacanjari, para unirme en el cielo por una eternidad!...

Concluyó el canto, y sentí berizarse mis cabellos: el frío de la muerte se apoderó de mi alma. Es necesario morir, dije, sin vertier una lágrima, y sin apartar los ojos de las ondas del mar azul que sbrían a mi lágrima, y sin apartar los ojos de las ondas del mar azul que sbrían a mi lágrima, y sin apartar los ojos de las ondas del mar azul que sbrían a mi lágrima... ¡Adios Harion! ¡adios Habiti!... ¡adios mi pobre Ainaima!... murmuré ahogado por el dolor... y sentí una mano fría y temblorosa que descansó sobre mi cabeza: alcé los ojos cadavéricos en mi última angustia; sobre ellos cayó una lágrima de fuego que me abrasó la vida en el momento de desprenderse el alma de mis entrañas. La extranjera besó mi frente, recogió en sus labios mi último suspiro, y yo caí moribundo sobre las rocas.

José GÜELL y RENTÉ.

(1) Mito. Se llamaban los estados donde residía Guacanjari a cuatro leguas de la mar.

(2) Laga + doni = no creeo ábel mundo; el alma se le encuentra, figura prima.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

Notando que esta farsa, algo á lo Tiberio, no producía tanto efecto como él esperaba, cogió un hacha, levantó la parte inferior de la red y se lanzó al mismo campo en que el oso enfurecido rugía y enseñaba sus garras teñidas en sangre de los senadores. Carlos XII se fué derecho á él, le esperó, le provocó, le evitó tres veces antes de atacarle y en seguida levantó su hacha.

No fué bastante hábil en este momento supremo, y el hacha no hirió de lleno sino sobre el hielo cortando la mitad de una pata trásera del oso. La pata delantera larga y herizada, se apoyó sobre el hombro del rey que abrumado por este peso cayó pálido y temblando sobre sus rodillas. Acudióse á socorrerle; pero él ya se había vuelto á levantar. Después de haber echado atrás el hierro ensangrentado de su hacha, le inclinó hácia delante y le hundió en el cráneo espeso y sombrío del oso que cayó á su vez cegado por la sangre y por la muerte.

En tanto que la corte admiraba el valor verdaderamente heroico del joven rey, la dama de honor de la condesa Aurora murmuraba:



—Qué terrible sería ese hombre si aplicase su energía salvaje á hacer la guerra á los reyes vecinos suyos... Se le impedirá hacerlo. Y volviéndose á la condesa, le dijo algunas palabras que parecieron causarle tanta alegría como pesar la habían causado las anteriores.

Carlos XII durante este tiempo, había cortado una pata del oso y la había ofrecido como trofeo á la condesa, que apenas pudo con sus risos encantadoras, aceptarla y hacerla pasar en seguida á sus criados.

—A Stokolmol exclamó en seguida el rey, á Stokolmo donde según espero cenaremos con buen apetito.

Los doce senadores humillados volvieron á ocupar su puesto entre los dos convoyes de trineos que rodaron hácia la capital de Suecia.

Reginold, que á la ida había sufrido tanto con la conversacion del rey y la condesa, pareció ser más feliz á la vuelta. El rey cansado por el combate que acababa de sostener con el oso, se había adormecido, y el favorito pudo hablar á sus anchas con Aurora. Como todos los que aman, comenzó, aun antes de saber si era amado, por las salvas ordinarias de las quejas.

- La conversacion del rey, le dijo, parecía agradaros mucho?
- Es verdad, no trataré de ocultaros,
- Lo conseguiriais difícilmente.

- No pretendo probar.
- Un rey tiene tantos medios de hacerse escuchar... amar...
- Sin duda; pero tiene tambien tantas razones para dudar que se le ame por si mismo!
- Están los demás mas seguros?
- Al menos deben estarlo de que no es por su corona por lo que se les dice que se les ama.
- Cuando se les dice...
- Pero de qué estamos hablando? preguntó la condesa con mac cóquetería en la voz que en los ojos encantadores llenos de tierno interés.
- No sé... murmuró Reginold, pero creo que se trataba del rey...
- Y deciais segun creo...
- Decia, prosiguió Reginold con mal humor, notando los rodeos sin número que tomaba la condesa para evitar el entrar en la via apasionada á que él queria llevarla á fin de declararla su amor; grande imprudencia porque el rey podia no dormir y la dama de honor no perdía una palabra de la conversacion; decia, prosiguió, que el rey tendría pocos ratos de ocio si mas se á alguien...
- Y por qué?
- Por qué? Oh Dios mio, bien pueda deciroslo, pues aqui los secretos



de estado pertenecen á todos, excepto al rey. Desde luego, añadió con despiques, tomáis demasiado interés por S. M. para no tener derecho á conocer cuánto le incumbe y bien, estamos en vísperas de tener guerra con los sajones.

—Guerra! exclamó la condesa.

La dama de honor se dijo: «El mensaje que ha recibido el rey es igual al que he recibido yo. Perfectamente. Veamos como nuestra condesa vá á representar su escena con ese joven á quien acaba de arrancar su secreto.»

—Si, señorita, la guerra. Los sajones han penetrado con las armas en la mano en una provincia del rey; ocupan una parte de la Lihonia y creo que el rey no vacilará en acudir en persona á la defensa de sus derechos.

—Sin duda! exclamó la condesa con el mismo entusiasmo juvenil.

—Cómo, sin duda? la dijo entre dientes Georgina, cuidad mas de vos, miña, os pasais al campo enemigo.

La condesa trató, ruborizándose, de reparar su pecado de sinceridad.

- Sin duda, repitió, pero tendrá entonces que dejar su corte, sus placeres...
- A lo cual replicó Reginold.
- Tiene generales... oficiales...

## ULRICO DE ANDUZ.

(Continuacion.)

—Le seguireis, no es cierto?  
—En otro tiempo yo hubiera dicho mil veces si y me hubiera ofendido que se dudase de mi respuesta; pero ahora...

—Ahora...

—No tendria valor para dejar la Suecia, la corte...

—Segun parece amais mucho vuestra patria?

Despues de un momento de silencio dijo Reginold.

—Y vos, señorita, quisierais que se entendiese la guerra?

—Oh, lo que es yo soy franca y os diré que no, porque si los suecos van á batirse con los sajones, yo, que aunque Sueca, estoy unida á la corte de Saxo y á la de Dinamarca, tendré que dejar la corte y no volver aqui hasta la paz.

—Dejariais á Estokolmo si hubiera guerra que no hubiera mostrado el rostro tan desentado si se hubiese abierto el hielo bajo su trineo.

—Claramente, respondió la condesa.

—Despues de todo, prosiguió Reginold, esta guerra no está aun declarada... quizá no tenga lugar... debemos esperar.

La dama de la condesa tenia todas las fuerzas de su atencion abstratas en escuchar y observar.

—Si no hubiera lugar seguiriais en Suecia, en Stockholmo, en la corte.

—Así lo creo, respondió la condesa; pero eso es un sueño, porque quien impedirá al rey llevar la guerra á Libonia?

—Carlos XII no ha hecho nunca la guerra... se le pueden pintar los disgustos, las desgracias... Además se ha aficionado á los placeres y no hay sino aficionarle aun mas...

Volase bien que al hablar así Reginold, hacia una violencia horrible á su carácter, á sus gustos caballerescos, á su lealtad, á su amistad á Carlos XII; pero amaba á la condesa y el amor tiene otros muchos crímenes que reprocharse. La condesa misma se ruborizaba de oír hablar á Reginold, cuya nobleza de alma conocia, pero la obligaba á estos tormentos obligada ella misma por Georgina que la fascinaba imperiosamente con su presencia, su mirada y su voluntad.

—Pienso, prosiguió Reginold, encogandose mas y mas, que esta guerra no debe realizarse... no se realizará... se negociará... se establecerá la paz y vos quedareis... oh sí, quedareis siempre... siempre...

La dama de honor hizo á la condesa un guiño que queria decir: Muy bien, estoy contenta de vos; pero acabad vuestra obra.

La condesa respondió.

—De ese modo hareis cuanto dependa de vos para que Carlos XII no haga la guerra?

—Os lo juro, respondió con ardor Reginold, apoderándose á pesar de la rapidez de la carrera, la mano de la bella condesa y llevándola á sus labios. Creia que no deseaba tanto alejar la guerra sino por no separarse de él.

Habiendo llegado al fin á las puertas de palacio, los trineos se detuvieron. Carlos XII dormia tan profundamente que Reginold tuvo que despertarle.

—Qué horrible sueño ha tenido! dijo á Reginold, abriendo los ojos y apéndonse, tú me asesinabas.

Megret encontró una palabra mucho mas feliz al ofrecer su mano á la condesa Aurora para ayudarla á apearse.

—Señora, la dijo: hemos tenido hoy dos Auras y nos ha quedado la mejor.

Dios fué entusiasmado de poder gritar á un.

—Ah francés! amable francés! francés demasiado amable!

—A la mesa! dijo el rey á sus jóvenes compañeros despidiéndose de las damas. A la mesa! y dirigiéndose particularmente á la condesa de Königsmark añadió:—Nunca he sido tan feliz como hoy.

En cuanto la condesa se encontró á solas con su dama de honor, le dijo:—Señora, el papel que me hacéis representar me dá miedo... el rey me ama.

—No sois amada de Reginold y no le amais? le respondió Georgina sonriendo.

—Oh señora ¿qué es lo que hacemos?

—No hacemos, deshacemos, dijo Georgina ó mas bien la verdadera condesa. Deshacemos un reino.

Se habrá adivinado ya que Georgina era la verdadera condesa de Königsmark disfrazada de dama de honor, y que por consiguiente la que pasaba por condesa no era mas que Georgina la dama de honor. A favor de este disfraz, la condesa sabia como criada todo lo que se estaba á la criada como señora. Hasta aqui todo iba bien... excepto por parte del caballero Megret que la inquietaba y la inquietaba mucho.

Los resultados de esta intriga política, mezclada de aventuras de amor y guerra, debian ser incalculables, infinitos, terribles, divertidos, prodigiosos, y esto es lo que fueron.

(Continuará.)

Cambió de ademan Ulrico y se plantó con fiereza.

—Sabéis manejar una espada?

—Nunca he perdido el tiempo en esas fruslerias.

—Y tirar del gatillo á una pistola?

—Tal vez.

—Teneis valor?

—No sé, nunca he tenido ocasion de manifestarlo.

—Yo vengo á ofreceros una; ¿aceptais un combate á muerte?

—Con quién?

—Conmigo.

—Con Satanás, sí, con vos, no.

—No! ¡Con que decís que no!

—No amenazas, rapaz, si no quieres que te deshaga entre mis dedos, como la piedra al grano de trigo.

—Muy bien! ¡Sois consecuente en vuestra conducta! ¡Yo creí encontrar un hombre! Miserable!... Ha sacrificado mi hermano á la mujer de su amigo, y me rehusa una satisfaccion!

Dió un salto Ulrico sobre las ruinas, y exclamó echando espuma de cólera:

—¿Qué habeis dicho? ¡Qué es lo que habeis dicho? Repetid esa última frase; no la he oido; ¿qué habeis dicho?

—La verdad, cuando tanto os habeis conmovido.

—Vais á retractar esa atroc calumnia.

—No tengo que retractar nada.

—Si os retractais, nos batiremos.

—Pues entonces me retracto.

—La hora?

—Esta tarde.

—El sitio?

—En el puente del Gard.

—Las armas?

—A vuestra eleccion.

—Los testigos?

—Yo lo seré vuestro, y vos mio: cuando se trata del honor de una mujer tan dos hay demasiado.

—Hablais como un hombre.

—Ya vereis el soy niño. Esta noche á las diez delante de la gruta de los Gitanos.

—En el puente del Gard.

## IV.

Cuando un accidente espantoso ha desconcertado nuestra alma, y entramos en la tranquila morada de un amigo ocultando en el corazon un pensamiento de sangre, un secreto de muerte y de venganza, nada nos enternece tanto como el ver la dichosa calma que reina en derredor de la familia; ella contempla nuestros tormentos hoy, como ayer contemplaba nuestra felicidad; engaña la fingida apariencia de quietud que presta al rostro la fortaleza del ánimo, y no divisan sus ojos la roja nube que ensangrienta el horizonte.

Contabase siempre á las cinco en casa de Durand: dió Ulrico algunos cuantos paseos en la Fontana para componer el semblante, y cuando conoció que se hallaba repuesto de la agitacion que habia sufrido, entró en el jardin. Halló á Durand jugando con sus niños; una dulce sonrisa brillaba en los labios de la hermosa Artesiana; cantaban los canarios en las jaulas; un rayo de sol doraba una lozana ligera que estendia su ramaje sobre el pozo; el olor de las pámpanas embalsamaba el ambiente, y oíase de cuando en cuando los suavísimos trinos del cantor de los bosques.

Cuando en los sueños de nuestra imaginacion nos formamos un cuadro de felicidad, parece que entramos siempre en un modelo de este género. La felicidad consiste en cosas muy sencillas, y está casi siempre á nuestro alcance; pero el hombre desdeña todo aquello que puede conseguir fácilmente.

Sentáronse á la mesa. Ulrico estableció en su cara una sonrisa permanente. Habíase resignado á parecer contento con un valor que rayaba en heroico. Hemos tratado de sorprenderle agradablemente, le digo, y por vida mia que al verte de tan buen humor me doy el parabien por haber tenido esta idea. Has de saber que mi mujer se muere por bailar como buena Artesiana; el otro día desenterraron en las ruinas del Podium cuatro estatuas de mujeres danzando; con que ya ves si es pasion hereditaria! Como te veo firme en la resolucion que has tomado, no tengo inconveniente en recordarte que madama fue especialmente desde Arles al baile de M. Chartoux para bailar hasta que se le rompieron los zapatos; pero ya sabes lo que sucedió, y que

se vino sin bailar un vals ni siquiera de galopa. Ahora bien; es menester reparar las faltas de aquella noche, y con este objeto he convidado esta mañana á los parientes y á nuestros mas íntimos amigos.

Procuró Ulrico con todas sus fuerzas sostener su sonrisa estereotipada.

—Con que esta noche... ah!

—Sí, esta misma noche. Nos reuniremos una docena de personas; ya ves que no será cosa de abogarse. Vendrán dos hermanas y tres primas de mi mujer, criaturas hermosísimas que descienden de la familia arlesiana del emperador Gallo y que forman una preciosa colección de perfiles antiguos en ángulo recto, de lo que no se ve ya en nuestros días. Me parece que hablo como artista.

—Con que es esta noche! dijo descaudadamente Ulrico, sin poder conservar por mas tiempo su engañadora sonrisa.

—Sí, esta noche, esta noche á las nueve. Yo te prestaré un vestido, no tengas cuidado por eso... Pero, acaso tenias otro proyecto?

—No... sí... sí... tenía...

—Qué proyecto tenias?

—Nada... ya te acordarás de lo que hablamos el otro día... La Theobalda... El conde Gerardo... la caravana del desierto... Dios es grande y Mahoma...

Abrió madama Durand unos ojos de eslinje de una dimension piramidal.

—Humbra! dijo Durand, eso no corre prisa; la caravana puede esperar... todo viene á ser dos dias mas ó menos.

—¿Cuánto tiempo se necesita para ir á caballo al puente de Gard?

—Qué preguntas haces? pues un has estado veinte veces en el puente de Gard?

—Sí, he estado de día... pero de noche, con la claridad de la luna...

—Ya; pero la luna no se pone hasta la madrugada. Si será estrella tuya descomponer todos los boites de la ciudad y de sus contornos?

—Con que se necesita hora y media, á caballo...?

—Vemos! ya he adivinado lo que est' pensar una cita con Myraba...

Abrió Ulrico una seña para que callase, y se quedó Durand con la boca abierta; clavó la Arlesiana en Ulrico sus hermosos ojos negros, y se levantó de la mesa. Continuaron en su conversacion los dos amigos.

Con que has vuelto á caer en el lazo! dijo Durand aburrido.

—No... no precisamente... ya ves que...

—Vaya, dime...

—Ya lo sabrás mañana... Tengo motivos para...

—Y mi baile?

—Lo que es el baile puede principiarse... Yo espero, y es muy posible, volver antes de que se concluya.

—Pero, ¿cómo has tenido tiempo de renovar esas relaciones? Haré diez días que no sales de casa... ¿Te ha escrito?

—Sí... He recibida noticias verbalmente... Creo que se hace tarde...

¿Cuánto tiempo se necesita para ir á caballo á la gruta de los Gitanos?

—Una cita en una gruta!

—No... la gruta es lo de menos... Ya verás... Me parece que es muy tarde...

—Por vida mia, que si no estás loco... Vaya! Yo no me separo de tí. Estás verde... me causas miedo; pero, ¿qué es eso? ¿á donde vas?

—Sí, sí; déjame... Ya nos volveremos á ver... Dame un abrazo...

—No; tú tienes alguna idea horrible... aquella alegría no era natural... algun pensamiento infernal abrigas en tu corazón.

—Dame un abrazo, amigo mio,

—No, yo no te dejo...

Y le quiso sujetar con las dos manos; Ulrico con sus heróicos brazos rompió fácilmente aquellas ligaduras y se lanzó domó un ciervo por encima de los ballidos: el hombre mas ágil no hubiera podido seguir al joven ó impetuoso montañés. Oyóse resonar en el aire un patético adios dirigido al sosegado jardín.

El criado, que habia recibido ya sus instrucciones, le esperaba en el vestibulo de su casa.

—¿Está todo preparado? Preguntó Ulrico.

—Sí señor.

—¿El caballo?

—En la cuadra ensillado.

—¿La caja que te mandé comprar?

—Colgada de la silla y tapada.

—Haz que engranchen ahora mismo los caballos de posta á mi calesas y vé á esperarme al patio de la finca de Lafox: ¿entiendes? No respondas á ninguna pregunta que te hagan, y cuenta con pagar bien.

Si no he vuelto á media noche, llevas los caballos á Bomes, y mañana mismo sales para San Hipólito con esta bolsa de mil escudos que te regalo. Cuidado con hablar una sola palabra.

Dando estaban las nueve en el reloj de Remoudeas, cuando llegó Ulrico al puente colgante: perobóse en lugar de pasar por él, se lo dejó á la derecha y se internó en el sombrío bosque de encinas que se extiende á lo largo del camino que conduce al puente de Gard.

Libra ya del temor de llegar demasiado tarde á la cita, detuvo el paso á su caballo, y se abismó melancólicamente en las reflexiones que le sugerian las circunstancias de que se veia rodeado.

¿Qué mundo y qué vida! se decía á si mismo en voz baja, como si comunicase á un amigo alguna misteriosa confianza. Dios nos ha concedido el amor; placer que mete mucho ruido y que vale mucho menos que lo que generalmente se piensa! En fin, nos contentamos con él á falta de otra cosa mejor; y entonces la fatalidad agota todas sus combinaciones para turbar nuestra pueril alegría. Las breñas de este bosque no tienen tantas espigas como nuestra existencia. Parece que en este mundo todo conspira contra el amor: semejante al jardín de las Hespérides no se puede coger una de sus manzanas sin peligro de ser devorado por el horrible dragon que las sirve de centinela. Yo hubiera podido retirarme tranquilamente de esta sencilla intriga y seguir mi rumbo por otra parte; pero, no señor; hay un hermano, y si no hubiera existido este hermano, lo hubieran inventado! El camino del placer está plagado de hermanos, de padres, de maridos, de rivales, de envidiosos armados de espadas y de pistolas. Oh voluptuosidad! Los antiguos habian representado al amor bajo la forma de un niño jugueton y travieso. ¿Qué necios fueron en esto!... Vamos á dejarnos matar.

Un liston plateado se dibujaba al través de las encinas; era el Gardana. Dobló Ulrico un promontorio de colinas á su izquierda, y descubrió el puente de Gard en la trasparente claridad de una noche de verano. Olase sin embargo allá á lo lejos bramar sordamente el trueno bajo una nube inflamada con las exhalaciones del dia. El estampido del rayo resonaba en triples ecos sobre los elevados arcos del acueducto romano, como las metálicas ruedas de los carros en las ovaciones de los cónsules. El cielo estaba cuartelado de luminoso azul, y de horrascosas tinieblas; un zardo murmullo de divindades hoy se prolongaba por los bosques de encinas confundiendo con las quejas nocturnas y monótonas de los grillos.

Llegó por fin Ulrico delante de la gruta de los Gitanos y habiendo llamado en voz alta á su ranterico, retumbó él con de élipse en élipse bajo los prolongados arcos del acueducto romano como los sonidos infinitamente variados de una orquesta. Aquel eterno monumento que ha sobrevivido á las misérias y locuras del hombre, escandía sus colosales braxos durante las sombras de la noche, para abrazar con ellos las montañas, el bosque de encinas cubria su frente, como una inmensa corona mural concedida en señal de triunfo. El rio, al estrecharse en los ángulos de aquellos silares prodigiosos los llenaba de armonía; cualquiera hubiera creído oír al acueducto conversar magistramente con la noche y referirle los tiempos en que Roma se asociaba con Dios para dar cima á alguna sublime empresa.

—¿Qué irrisión! decía Ulrico, venir á arrastrar nuestras miserias á los pies de este gigante! hacer las ligas de nuestras ridiculeces á ese inmenso monumento que ha desgastado las uñas y el diente roedor de la barbarie saracena!

Aló el jóven á caballo á la entrada de la gruta, tomó sus armas, y siguiendo el sendero lateral que arranca en aquel punto, subió á la cumbre de la cancelada montaña, que se llama Puente de Gard.

Rápidos y violentos eran sus pasos sobre aquel lado, que se estiende temblando en el aire como el sillón de un arquitecto titánico en la bóveda de una basílica. Aquel tercer orden de arcos lleno de las armonías del rio y de las tempestades, parecia retener en sus venas el agua triunfal que atravesaba desde una montaña á otra á las órdenes de Agripa. La proximidad al cielo habia hecho olvidar al artista las fragilidades del mundo; desde lo alto de su pedestal sublime, abarcaba con su vista todos los horizontes, perdíase en las nubes como el atrevido aerostata, y creia ver la tierra debajo de sus pies. Pero aquellas decoraciones se movaban á cada instante, y sucedía á las tinieblas una claridad livida, que permitia divisar en el liano otras líneas de acueductos, que semejaban las sombras del puente de Gard. La noche, empero, ostendia otra vez su negro manto, y la vista divisaba apenas en el fondo del doble precipicio, el amarillento rio, perderse en las negruzcas masas de encinas; el ruido del torrente llegaba á aquellas alturas como un suspiro medio apagado que exhalára un alma en pena perdida en los laberintos del valle.

La voz de un hombre y el galope de un caballo sacaron á Ulrico de su éxtasis, y lo restituyeron á las realidades de la vida. Dio un grito enérgico para responder al que lo llamaba; fúebre castel de talo que el cielo y la tierra se enviaron en aquel terrible momento!

En breve percibió Ulrico el rumor de ligeras pisadas rompiendo las malezas á lo largo del estrecho sendero; y el hermano de Margarita no tardó en hallarse frente á frente de su ranterico.

—Laz diez! dijo el alentado duquel.

—Está bien! respondió Ulrico. Queréis que bajemos?

—Estamos bien aquí! ¿Dónde están vuestras armas?

(Continuará.)

## ORIENTAL.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,  
Que tu vista encantadora,  
Apelecida  
De Córdoba en los jardines  
Matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
Y tus favores gozaban  
Mil paladines,  
Azarque, en inútil queja  
Tus esquiveces plañía  
Llorando al pié de tu reja.  
Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡qué importa que al profeta  
Yo bendiga;  
Y adores tú al Nazareno,  
Si en blanda coyunda amiga  
Un solo amor nos uniera!  
Cristiana mas hechicera  
Que el ameno  
Paraíso, no te cura  
De las palabras del conde  
Que han desear mi desventura.  
Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

José ZORRILLA.

## A UN CHATO.

Cuando alguno te ofendiere,  
Como careces de trompa,  
No temas aunque dijere:  
«Calle el feo, sino quiere  
Que las narices le rompa.»  
Las dudas me vuelven loco.  
Aunque el mas leve deslíz  
Pille tu olfato feliz,  
No podrán decir tampoco  
Que tienes buena nariz.  
Y aunque disputes, amigo,  
Con razones infelices,  
No podrán, siendo testigo,  
Decir al hablar contigo:  
«Miren qué par de narices.»  
De vicio debes quejarte.  
Te envidio ¡mucho que sí!  
¿Quién podrá decir de ti,  
Al pasar por cualquier parte:  
«Ya las narices le vi?»  
Y es que tampoco dirán,  
Pues decirlo no podrán  
Aunque de risa las llen,  
Que al ver tu cara de can  
En tus narices se rien.  
¡Te quejas, por vida mía,  
De tu destino infeliz!  
¿Qué es, cuando está fresco el día,  
Lo primero que se enfria?  
¡La punta de la nariz!  
¿Dónde mas daño te harás,  
Si algun porrazo te abruma?  
En ella, por ser quizás

Lo que sobresale mas,  
Salvo error de pelo ó pluma.  
Y si duermes con trabajo,  
Cuando el cuello te se encorve,  
Tú, riéndote del orbe,  
¡Zás! te vuelves boca abajo  
Sin que la nariz lo estorbe.

Mas ya miro que bendices  
La razon en que me fando,  
Y muy satisfecho dices:  
«Para vivir en el mundo  
No es necesario narices.»  
Pero... á Dios, cara de gato.  
¡Punto! de cansar por ti  
A mis lectores no trato;  
Que no me fastidia á mí  
En el mundo ningun chato.

EDUARDO ASQUERINO.

LA CAJA DE PANDORA. Prometeo hizo una bella estatua que llamó Pandora; enamoróse de su obra, y para darle vida robó el fuego del cielo. Júpiter irritado dió á Pandora una caja que contenía todos los males, y mandó á Mercurio que atase á Prometeo en una peña del monte Cáucaso donde un buitre le roía las entrañas, hasta que Hércules lo mató.

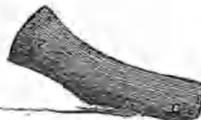
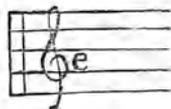
OREJAS DE MIDAS. Era este rey de Frigia y la echaba de dilettantí y literato. Fué elegido por árbitro en una cuestion que tuvieron Apolo y Pan sobre cuál cantaba mejor, y dió una prueba de su inteligencia y buen gusto prefiriendo los cantos de Pan á los del dios Apolo; esto á su vez juzgó que le estarían bien orejas de burro, en las que se trocaron al punto las suyas. Bien hecho, señor del Parnaso, á cada cual sus atributos.

## ADVERTENCIA.

El SEMANARIO publicará inmediatamente producciones de los señores *Brelon de los Herreros; Garcia Gutierrez; Zorrilla; Hartzenbusch; Lafuente* (Fr. Gerundio); *Asquerino; Selgas; Florentino Sanz; Gonzalez de Tejada; Fernan Caballero* y otros escritores igualmente apreciados de los lectores habituales de nuestro periódico.

Preparamos tambien una preciosa coleccion de grabados, que comenzaremos á estampar en este mes.

## JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albrúñiga.